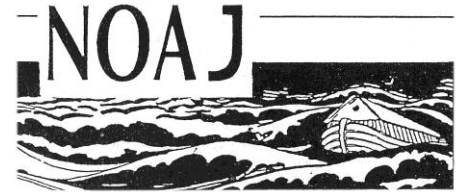


Noaj, N°. 11, julio de 1996

REFLEXIONES

- Seligson, Esther. Jerosolimitanos, p. 17
- Hasan-Rokem, Galit. No la madre de todas las ciudades, p.19
- Kovadloff, Santiago. Jerusalem, casa del tiempo, p. 21
- Schiller, Ariel. Papeles urgentes de Jerusalem, p. 24
- Lipiner, Elias. A visita do Imperador do Brasil a Jerusalém, p. 30





Jerosolimitanos

Esther Seligson

LOS jerosolimitanos dicen que viven en una ciudad que es sólo réplica de la *Ciudad de Dios*, la Jerusalem Celeste, cuya imagen se refleja sobre una meseta triangular entre las colinas del desierto de Judea, y proyecta esa edificación terrestre llamada Jerusalem. De ahí, afirman, que Jerusalem no le pertenezca a nadie en particular, y que la fecha de su origen –5.000, 4.000, 3.000 años a.C.– sólo sea un dato histórico y no una realidad. Si fue fundada por un pastor que luego resultó ser el Rey David; o si fue morada de Melquizedec, sacerdote de justicia del Dios Alto en tiempos de Abraham; o si ya en las tabletas de roja arcilla encontradas en la legendaria Ebla se menciona comercio con una tal Urusulim; el caso es que, al igual que en toda fundación sagrada de cualquier lugar santo, bajo sus piedras corre, confundida en el manso fluir inmemorial de las aguas del Guijón, la reminiscencia de un sacrificio humano.

No ha de ser tan metafórico el que fuese Caín el primer constructor de la primera ciudad, ni que sea el fratricidio el trayecto milenario de la llamada “tres veces santa” Jerusalem. Para los jerosolimitanos, sin embargo, esta designación es **exterior**, es decir que pertenece al carácter de lo terrenal, cuando, de hecho, su esencia **santa** escapa, aunque lo detenten, al poder de las religiones oficiales –judaísmo, cristianismo, islamismo–, por la sencilla razón de que no todos sus moradores son practicantes de alguna de las innumerables modalidades de esas tres religiones, y porque una no despreciable mayoría de ellos no la habita por asuntos de religión.

A la Jerusalem **de arriba**, la celeste, los jerosolimitanos la perciben merced a dos fenómenos de manufactura divina: el Verbo y la Luz. Ninguna otra ciudad ha sido tan celebrada a través de la Palabra –salmos, cantos, poemas, cuentos, leyendas,

México, 1941. Maestra de Mitología y Teatro en la UNAM. Ha publicado, entre otros libros: **El teatro, festín enfierno**; **La fugacidad como método de escritura**; **La morada en el tiempo**; **Sed de mar**; **Isomorfismos**; **Tríptico**.

18 profecías, visiones-, y, no obstante, las palabras no logran cernirla, describirla, atraparla, salvo cuando se transforman en **oración**. Quizá, remotamente, por lo inverosímiles, los artesanos anónimos de la Edad Media capturaron imágenes de ella en manuscritos miniados, estampas, tímpanos, cornisas, capiteles, vitrales, mosaicos, frescos, íconos. Quizá, como el Andrei Rubliov de Tarkowski, los iluminados lograron imaginarla, los monjes hesycastas, los padres de la Philokalia, los místicos católicos, los jasi-dim. Aunque en estos casos la Palabra, transmutada en plegaria, es ya pura Luz.

Y es la Luz, primera creatura cósmica (en el sentido de generadora de cosmos = orden), la que, a ciertas horas del día, especialmente en dorados atardeceres primaverales, o durante los ocasos del otoño cobrizo, y en plateadas noches de luna llena, empalma a las dos Jerusalem, la de **arriba** y la de **abajo**. También la luz de las velas quienes, al igual que las plegarias, se transforman en **oración**.

Es decir que los jerosolimitanos reales, aquellos que verdaderamente pertenecen a la ciudad –a ambas ciudades–, sin distinción de credo, de clase social o de identidad nacional, viven de una u otra manera, literal o metafóricamente, inmersos en una oración luminosa que puede, o no, traducirse en/con palabras, música, pintura, danza, escultura, textiles, cerámica, joyería. Jerusalem es un “estado de ánimo-ánimus”, una suerte de ensoñación bachelardiana, una puerta sin umbral ni batientes que se abre para entregarse a los vientos del desierto, a las profundidades de un horizonte ilimitado. Y en eso consiste su “peligro” para los jerosolimitanos quienes, según estadísticas ciento por ciento

verídicas, son los habitantes del país con mayor índice de locura y de suicidios.

Sí, Jerusalem es una ciudad que pesa. No pesada en el aspecto de gravedad –ya que por su misma esencia lumínica es ingrátida–, sino de exceso, de intensidad, de desmesura. Demasiada Historia, demasiadas guerras, demasiadas cruzadas en pro o en contra, demasiadas sediciones, demasiadas sectas, demasiadas piedras. Precisamente son estas últimas, las piedras, las que, se cree, producen y han producido los mayores trastornos. Levantada sobre **La Roca** –uno de los nombres cabalísticos de Dios– en el asiento del Monte Moriah, está construida con el mismo material vivo con que, a la manera de un cuadro de Remedios Varo, el Gran Alquimista pulió la cantera del Templo y, más tarde, otros constructores edificaron santuarios, palacios, torres defensivas, conventos, casas, las sucesivas murallas; y, hoy en día, la ristra de edificios modernos que ha deformado su legendaria y mítica fisonomía.

Jerusalem es una nave de locos al estilo de El Bosco, un fresco barroco de personajes ensortijados sin mucho concierto, aunque con un ritmo propio inigualable. Y no hay jerosolimitano que no esté consciente de esa característica que lo singulariza de los demás habitantes del país, de los pobladores de la región, y del mundo. Pero eso no significa que vivan encerrados en un ghetto. Por el contrario: cada uno se asume cosmopolita a su modo; de ahí que les sea imposible no considerarse modelo de Hospitalidad –no de exclusividad– y de Paz; de ahí que, para todo jerosolimitano, Jerusalem sea un-una Amante que cada cual recibe según su hambre y su sed de Dios...



No la madre de todas las ciudades:

19

Una perspectiva feminista de Jerusalem

Galit Hasan-Rokem

SE la ha llamado madre, hermana, hija. Amada de juventud, divorciada y viuda. Madre enlutada y virgen violada. Hasta prostituta. Se la envolvió en fantasías masculinas tan altas como las montañas que la circundan. Mujer para todo momento, para todas las imaginables necesidades afectivas: para la suavidad, la seguridad y la calma; para la

necesidad de adornar, de conquistar, de subyugar. Y por sobre todo, para la necesidad de enseñorearse de ella, de convertirse en su amo.

De este modo, la relación con Jerusalem fue erigida a imagen del matrimonio patriarcal. Sus amantes quisieron ser sus "esposos", más aún, según el patrón sociológico que conocían, sus

*Poeta e investigadora israelí. Enseña literatura hebrea y folklore en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Activa en movimientos pacifistas y feministas, entre ellos, el Jerusalem Link, proyecto conjunto de mujeres judías y palestinas. Este texto fue originalmente publicado en el **Palestine-Israel Journal**.*



únicos esposos, cada uno de ellos a su propio turno. El nexo con la ciudad adoptó muchos de los sentimientos que son parte de la institución de la familia patriarcal, especialmente en esta región del mundo: la ansiedad respecto del pudor y la honra de la mujer, que es también la de su amo; y, por sobre todo, la posesión exclusiva de sus encantos y su belleza.

Es natural, pues, que cada uno a su turno haya sido colmado por el apasionado deseo de acariciar la redondez de sus combadas colinas y adornarlas con perlas de piedra y ladrillo; de sellar un pacto único y definitivo con la novia; o de penetrar en la hendidura de sus sinuosos valles y dejar allí los signos de su vitalidad y virilidad.

En la actualidad, el discurso utiliza otra metáfora, la de madre e hijas, para justificar la anexión de áreas que nunca antes fueron incluidas en las fronteras municipales de Jerusalem, y así convertirlas en parte del núcleo familiar. Pronto, todo el país será literalmente "Eretz Zion ve-Ierushalaim", la tierra de Sión y Jerusalem, como dice el himno nacional israelí, en palabras que preservan la asociación que hacían los judíos de la diáspora entre el país entero y la Ciudad Santa.

Las mujeres de carne y hueso merecen ser amadas con menos posesividad y mayor igualdad. Pero Jerusalem no es una mujer. Es una ciudad con una larga larga historia, en la que han vivido muchos pueblos y fueron engendradas muchas culturas. Precisamente así se desarrolló el especial carácter de la ciudad. Quienquiera que la gobierne debe verse a sí mismo pequeño, reducido en la perspectiva de la continuidad de su historia, en

lugar de proyectar sueños megalómanos que ambicionan la eternidad.

Jerusalem es mi hogar. La amo, y me duelen sus habitantes vivos y muertos. Ni el amor ni el dolor excluyen sentimientos semejantes hacia otras gentes. Nada en mí desea que mi propia forma de relación con la ciudad sea la única opción afectiva posible. Hay aquí sitio para muchos amores. No hay sitio para la codicia, el despojo y el odio.

Quizás lo más importante sea reconocer que la población de Jerusalem tiene necesidades reales y concretas que es necesario atender: escuelas, playas de estacionamiento, vecinos respetuosos, libertad de vivir con todos los miembros de la propia familia, derecho a expresar la propia identidad cultural, religiosa, étnica y nacional.

No pretendo que los poetas dejen de soñar a Jerusalem como mujer, como madre, hermana o amante. Ojalá que nunca deban lamentarla como viuda o madre despojada de sus hijos. Pero poseemos hoy la capacidad y la obligación de mirar a través de los imaginarios velos con que la fantasía masculina envolvió a Jerusalem durante siglos, y otorgar a esta única y amada ciudad la sensibilidad que emana de un orden más alto de apertura, menos engeguado por frustradas necesidades emocionales, y que puede satisfacerse en compañía de verdaderos hombres y mujeres verdaderas: madres, hermanas, amantes e hijas.

Yo oro por la paz de Jerusalem, ciudad indivisa, dos capitales de dos estados para dos naciones.



Santiago Kovadloff

DE los sitios que conozco, ninguno concentra, como Jerusalén, tanto tiempo en tan poco espacio. La historia, allí, en vez de expandirse, se comprime. No busca nuevos escenarios sino los viejos ámbitos de siempre; y una y otra vez los rebautiza hasta que cada piedra, cada tramo de su suelo arcaico, se convierte en encarnación de símbolos sucesivos y paradójicamente simultáneos. De hecho, el abigarramiento escenográfico permite asistir, en Jerusalén, a una especie de vertiginoso devenir. Momentos cronológicamente distantes, e incluso culturalmente antagónicos, se ofrecen al uní-

sono al espectador, desbaratando esa ilusión procesual que suele tenerse de la historia.

En Jerusalén pareciera mejor expuesta que en otras partes una de las tragedias centrales de nuestra especie: la disputa incansable de la Tierra. Venerada y transgredida; sacralizada y menoscabada como ninguna, Jerusalén se ha convertido en un espejo prototípico: en él puede el hombre contemplar tanto la expresión que a su rostro le infunde el afán de trascendencia y fraternidad como el rictus brutal que le imprime su condición de incansable profanador del espíritu convivencial.

Argentino (1942). Narrador, poeta y ensayista. Poesía: *Canto abierto; Ciertos hechos*. Ensayo: *Una cultura de catacumbas; El silencio y la música; Moisés; El silencio primordial*. Es traductor de poesía brasileña y portuguesa al español. En 1992 obtuvo el Premio Nacional de Literatura (Ensayo) de la República Argentina.



Quien tenga dudas sobre el extraño carácter de esta ciudad de tiempos simultáneos, que la coteje con Tel Aviv. Tel Aviv, con todo su encanto marítimo y su desbordante vida intelectual, no es más que una ciudad de nuestro siglo. Su temperamento urbano no revela el influjo del aliento antiquísimo del pueblo que la habita. Pareciera, más bien, urgida por la necesidad de rehuir tanta antigüedad; como si sus más íntimos afanes estuvieran orientados a alcanzar el cosmopolitismo que hoy iguala, en una misma atonía, a tantas capitales del mundo. Es que Tel Aviv, en suma, es una ciudad secular. Y ello en un doble sentido: tanto por no ser religiosa como por estar francamente sometida a los imperativos de la época que le dio vida. Tel Aviv no rebasa ese tiempo hacia atrás, hacia una retaguardia siempre ensanchable, ni traduce tampoco, como Nueva York, la fiebre por el futuro: hay en ella una sed de presentismo en la que pareciera agotarse.

Tan lejos de una como de otra, Jerusalem es pasión por la eternidad. Pero por la eternidad entendida no como instancia de lo acabado e inmóvil sino como dinámica confluencia y reflujo de todos los tiempos; remolino de los siglos en cuyo jadeo interminable es posible adivinar la idiosincracia del hombre; de su terca igualdad a través del cambio. Ciudad arquetípica, lo es, ante todo, no porque en ella quepan –acaso como en ninguna– los signos esenciales de la riqueza moral, sino por la simultánea y crucial revelación de que allí se han acumulado algunas de las pruebas más rotundas de la miseria humana.

Tal vez a ello se deba esa delicada ironía de la que pareciera dar muestras Jerusalem cuando derrama, ante nuestros ojos, el caudal de sucesos históricos que se aglomeran poco menos que

en cada una de sus calles. A una pequeña columna romana, donde un general del imperio dejó estampado su júbilo tras conquistar, de una vez por todas, la Ciudad para el César, sigue –unos metros más allá– la placa labrada por un rey cristiano en la que celebra haber doblegado a los infieles y devuelto la plaza para siempre a la fe de su Señor. Algo más adelante, le toca el turno a la jactancia turca: la Ciudad, se lee esta vez, ha sido liberada para Alá, por los siglos de los siglos. Y no falta, finalmente, la orgullosa palabra hebrea en la que los israelíes dejan constancia de la definitiva reconquista judía de Jerusalem...

Estos indicios del carácter transitivo y transitorio del poder son conmovedores y escalofriantes. Jerusalem parece burlarse de aquéllos que aspiran a convertirse en sus poseedores perpetuos. Todos caben en ella y nadie, pareciera, puede habitarla si aspira a hacerlo en desmedro constante de los demás.

No deja, por eso, de resultar alentador que Israel, que ha puesto tanto empeño como cualquier otro de los antiguos amos de la ciudad en mantenerla bajo tutela exclusiva, haya sido, sin embargo, la primera en eliminar una tradición varias veces milenaria: la que consistió en sepultar toda huella del conquistador precedente.

Las excavaciones realizadas por los israelíes en la Ciudad Vieja prueban que, al menos en un sentido, hay cierto espíritu conciliador en el siglo XX. Y ese sentido es el de la valoración de lo histórico. Quizá no tengamos mayor predisposición para aprender las lecciones de la historia. Pero nos encanta contemplar y exhibir las huellas de su paso. Esta centuria demostró, al igual que tantas, que las disputas por Jerusalem son perpetuas como ella misma.

Pero, además, tuvo la originalidad de ser el momento en el cual se iniciaron las tareas sistemáticas por el desocultamiento de los restos de las culturas que dominaron la Ciudad en diferentes épocas. La idea del poder se ha refinado: ya no es imprescindible borrar los vestigios de la presencia del otro para que conste que es uno el que ha vencido. Y así, el circuito de sucesivos triunfadores y derrotados expone, bajo el sol infatigable de Jerusalem, los símbolos que hilvanan su diáfana secuencia en el tiempo: a los muros alzados por el rey David siguen los muros que levantó Babilonia; a los de Babilonia, los de Herodes y a los de Herodes, los de Roma; sobre los muros romanos, los de Bizancio; y después de Bizancio, las murallas de los cruzados; sobre éstas las árabes, y sobre las árabes, las turcas; y sobre la piedra turca, la inglesa, y sobre la piedra inglesa, la judía otra vez.

Pero Jerusalem, tan hostil a la soberbia humana, es también una ciudad hecha a la medida del hombre. Y lo digo teniendo en cuenta, sobre todo, la vida que se ha desarrollado *extra muros*. Hay, según dicen, algunas ciudades así en el mundo. Lisboa, seguramente, está entre ellas. Las distingue una aptitud sobresaliente. Son ciudades que devuelven al cuerpo su potencialidad perceptiva. Reavivan el sentido de la proporción entre el hombre y el medio. Son ciudades virtuosas. Equivocaríamos su definición si las llamáramos pequeñas. Sus dimensiones son hijas de un propósito de medida consciente; de una intención franca de equilibrio y correspondencia. Son lo que han querido ser. Nunca el saldo de un deseo de avanzar que se vio frustrado por la adver-

sidad. En ellas, y entre ellas más que ninguna en Jerusalem, se han descartado los espejismos del progreso. Esencialmente, esa idea enfermiza y tan en boga que incita a expandirse a lo ancho y a lo largo y al precio que fuere.

Por todo eso y por último, cabe reconocer en Jerusalem más, mucho más que una reliquia. Porque la vida del pasado, en sus calles, no se nos impone primordialmente, como materia de evocación sino como una práctica palpable e inmediata de verdades que no han sufrido claudicación. ¿Cómo decirlo? No es lo **ya ido** sino lo constante, lo infatigablemente activo lo que allí respira y se despliega en el ejercicio cotidiano. Es el perpetuo conflicto entre deseo y realidad adueñándose minuto a minuto de la vida diaria a través de la prodigiosa diversidad de sus manifestaciones. No es, pues, a un ayer a lo que fundamentalmente se accede desde la orilla del presente. Es a una constante insobornable, raíz y alimento de ese mismo presente; luminosa evidencia ante la que desfilan los hombres llegados desde tiempos sucesivos para rendirse ante el espectáculo abrasador de la eternidad, que es también el de la inconcebible armonía y el de la insondable hondura del misterio de nuestro destino.

Pasan uno tras otro los observadores; se pierden disueltos en el oleaje sin pausa del tiempo. Pero lo observado subsiste, incólume y vigente, para que cada generación aprenda a mirar en Jerusalem el semblante más íntimo del hombre: el de su irreducible y ardua contradicción. La que nace del choque entre lo alto que aspiramos a llegar y lo bajo que solemos caer. 

Papeles urgentes de Jerusalem

Ariel Schiller

...Y alguna vez también sentí el alma despoblada cuando habitaba esta ciudad y aún no se construía tanto como ahora, y las pocas casas de comidas eran sencillas, de alimentos propios de la región y de su gente, y no merecían una nota gastronómica ni necesitaban de propaganda en los periódicos locales.

Y hubo también mañanas de sol despiadado y unánime que seguían a alguna noche de insomnio y angustia, en que yo encontraba la mejor terapia y la mejor catarsis internándome en las callejuelas del mercado de Majané Yehuda en lo que se llama la Ciudad Occidental o Nueva, él mismo ya más que centenario (por-

que en mi ciudad hay muy pocas cosas nuevas, las que lo son reposan sobre antiguos cementerios de nuestras muchas batallas). En ese mercado me impregnaba yo de olores y sabores y pregones con acentos de las diferentes comunidades que habitan esta ciudad, que es invariable y es múltiple.

Con un poco de tiempo y algo de suerte podía intercambiar una charla en idish con el relojero del mercado, celoso de que el tiempo se guiara por el sol y la luna, y no por el Ministerio del Interior.

También podía, y debía, entrecruzar comentarios y alabanzas, casi siempre exageradas, con el Sr. Alfandari, mi carnicero de

*Argentino. Vivió en Israel, y actualmente reside en España. Su campo de trabajo es la traducción y análisis de la literatura hebrea contemporánea. Ha publicado: **Flores de fuego, ceños de fuego. La poesía de Haim Guri**, Universidad de Granada, 1991; **Caminante en su tiempo; La poesía de Natán Alterman**, Universidad de Granada, 1991. Se hallan en prensa sus traducciones y estudios críticos de los poetas Alexander Pen y Uri Zvi Grinberg. Es autor de ficciones en español y en hebreo.*



de siempre pero mucho más que eso, así como consta en alguno de mis cuentos ("Una hija de nuestro pueblo"). El habla un ladino adulterado y jugoso que es lengua de los sefardíes de Jerusalem, y yo le contestaba en lengua de Cervantes, voluntariamente arcaizada, y casi siempre nos unían las tristezas, y siempre había para mí sobre su mostrador de mármol sanguinolento, si no un café turco, un vasito de Arak que yo degustaba y retribuía con frases de alabanza en lengua de Santa Teresa, aunque por entonces Avila aún quedaba lejos.

Como a tantos jóvenes a los que el sueño les ocupa la mayor parte de las ideas conscientes y y las riquezas y los compromisos aún no les pesan en las espaldas ni en los bolsillos, por entonces amaba mucho y tal vez hasta fui amado en algunas ocasiones, pero eso el tiempo implacable lo fue borrando con la erosión de las rocas. También quise trasladar mis sueños y anhelos de justicia a una realidad diferente (que a mí me parecía buena), para los hombres de mi nueva patria, que tal vez fue la única que tuve y conocí realmente hasta en su suspirar tectónico; y junto con otros jóvenes compañeros de utopía, logramos hacernos poco simpáticos para los distintos regímenes que gobernaban la ciudad y el país.

Y fue así como en una edad en que muchos de mis amigos y hermanos de la fuente de origen (*makor*): los "Bnei Gueulateinu" como diría Agnón irónicamente en la primera página de su novela *Ayer y anteayer*, antes de la tercera década de su vida ya tenían mujer, casa y trabajo, lo cual les permitía mantener un exilio dorado dentro de la ciudad que nunca fue del todo suya –

yo, en cambio, sentía la ciudad completamente mía de tanto recorrer sus calles, pero ¡ay!: he aquí que todas ellas se me abrían hacia un exilio incierto.

Quiero recordar, en realidad no puedo olvidar, noches de luna llena en que recorría la calle de los Neviim (Profetas) y seguía hasta la Plaza de los Rusos, donde los ortodoxos tienen su iglesia y los judíos su tribunal y su cárcel, y antes de ellos, los ingleses tenían su patíbulo. Y yo camino por el puro gusto de caminar con la luna asomando entre los muros brillantes de orín, y nuevamente la luna mojando las higueras y las parras en los patios, y tal vez riéndose desde el fondo de las escupideras metálicas del viejo hospital de Bikur Jolim.

Camino cuando ya mucha gente duerme o reza o mira televisión en casas y salones sobre los que se cierne el alfanje del ismaelita, y entendidos profesores y políticos les explican –nos explican– por qué vendrá o no vendrá. Quizá camino de noche para hacerme amigo de los gatos, que es lo más auténtico que tiene Jerusalem, tan violenta y convulsa porque sufre de un exceso de autenticidades desencontradas.

Si quiero caminar menos puedo internarme por una calle que está cerrada en su final (y esta no me conduce al exilio) y es la Calle de los Etiopes, en que los coptos tiene su iglesia y donde, vertical (cortando todo mi divagar con un punto aparte – yo que soy tanto puntos suspensivos), está la vieja biblioteca de Bnei Brith, en que alguna vez hallé refugio del sol del mediodía y me puse a mirar libros y enciclopedias saboreando un vaso de agua helada que gentilmente me ofrecía la vieja bibliotecaria ameri-

cana – no se si aún vive o trabaja. Esta era otra catarsis necesaria para sobrevivir en la ciudad donde Poncio Pilatos y Herodes eran personas notables y Jesús de Nazaret un forastero polvoriento de Galilea.

En la biblioteca me descalzaba de las sandalias, me lavaba la cara y me desabotonaba la camisa sudada, y me sumergía durante horas en libros de historia, geografía y política. Creo con certeza que tropecé entonces con el país que me serviría de refugio y exilio, mucho antes de que un pie mío pisara el aeropuerto de Barajas, o años antes que por primera vez orinara festivamente junto a un viejo olivo en la cima de una colina donde luego construiría mi casa, allá en tierras de Granada, pero no en tierras de la vega fértil, sino en zona de secano, de cereal, olivo y viñedos. No sabía, mientras orinaba ritualmente, con la más íntima alegría de la compulsión satisfecha, que lo estaba haciendo donde hoy se encuentra mi biblioteca que mira hacia el monte que los del lugar llaman Suspiro del Moro, desde donde Boabdil se despidió de Granada y su rojo palacio (Aljambra en lengua de nuestra región), y cuando su caballo volvió la grupa comenzó su camino del destierro, camino del mar, que por mar se vuelve a Marruecos.

Mientras tanto y por razones que no es aquí el sitio de explicar, mi nombre se extendía, a veces para bien entre los que me necesitaban, y las más de las veces para mal entre los que me gobernaban y en cierto modo (debo tomar esto como un dudoso elogio), me temían y me recelaban.

Confieso aquí, y estos papeles urgentes de Jerusalem son razón suficiente para hacerlo ahora que ya no le importo a Herodes ni a Pilatos que tal vez me den por muerto o desaparecido, que este fue un sino de mi vida tanto en Israel como en España: cuando mejor hacía las cosas y mi nombre era alabanza en boca de algunos, enseguida se tomaba en maldición para otros y muy pronto podría verme en la calle; de tal manera que el resto de mi vida, si quería ganarme el sustento de forma normal y como los hombres serios, asentados y adultos, debía invertir mucho pensamiento y energías en hacerme el tonto, no dar iniciativas y escabullarme de cualquier protagonismo.

Lo cual me devuelve nuevamente a la calle y a los sueños, porque la calle y los sueños no me fallaron nunca, ni en Israel ni en España, tanto en hebreo como en castellano.

Por las noches no hay biblioteca Bnei Brit y la Calle de los Etopes permanece silenciosa, y tan sólo de la iglesia de los coptos que acogió al Negus Haile Selasie se elevan salmos y monsergas en lengua amhárica; entonces tomo por Shivtei Israel, siempre acompañado por la luna y casi a la sombra de las murallas de la Puerta de Damasco, muy cerca ya de Musrara, y de los puestos de sandía fresca de pulpa obscena, donde era tierra de nadie y la iglesia de Notre Dame era frontera de todos, y silenciosamente, entre gatos que miran desde los cubos de la basura y el repiqueteo de mi bastón sobre los adoquines, me dejo entrar en Mea Shearim que es Kehilat Kodesh, y motivo de santas iras entre religiosos y laicos, *jasidim* y *mitnagdim*, lituanos, húngaros y galitsianos. La luna ya está muy

alta, y allí todavía estudian bajo luces de neón una Torá que es toda luz y a ellos los deja a oscuras.

Tampoco allí me faltan amigos, quizá porque yo no soy uno de ellos y no pretendo descollar por grandes reformas halájicas, y a mi pobre persona no le será dado reconstituir el Sanhedrín en la Santa Ciudad de los Odios Reencontrados y los Amores Truncos.

Los sábados por la noche, tarde ya después de la Havdalá, se celebra en muchas Yeshivot y Batei Midrash y en casi todos los *sh'tiblej* de los *jasidim* la ceremonia de *Melavé Malka* (acompañar la salida de la reina: el Shabat). Esta ceremonia es aparentemente alegre, sobre todo porque se celebra con abundante comida y bebida y se cantan canciones de *Dveikut* que son propias de cada dinastía de Santos Maestros de las diferentes sectas jasídicas, y se cuentan entonces las historias y leyendas que jalonaron la vida de estos rabinos y sus andanzas por las tierras de la nieve, el cosaco y el lobo. Lejos aún del jamsín, pero muy dentro de las "tierras del chacal".

Ya conté en alguna de mis historias cómo me tuve que refugiar durante un corto período en distintas Yeshivot de Mea Shearima causa de algunos problemas con las autoridades por mi hambre y sed de justicia, y seguramente yo no recibiría la tierra por heredad, y lo lamento por el Galileo. Ellos nunca me preguntaron nada y me acogieron como a uno más; lo que le interesa a las autoridades por mi estado temporal no le puede interesar a los que cada día inquieren a Dios cosas mucho más peliagudas.

Yo comí de sus platos y recé sus oraciones, de haberme quedado más tiempo ya me habrían encontrado novia, casa y trabajo (el estudio de la Torá no se me da mal); pero entonces nunca podría llegar a mear junto al olivo de mi colina en Granada, que mira al Suspiro del Moro, desde donde el Moro Boabdil partió hacia su patria primera (*makor*), no por ello menos exilio (¡y pensar que frente a mi casa, a unos pocos kilómetros, se acabó quizá para siempre el sueño de convivencia de Oriente con Occidente...!).

Me lo repite el muecín desde la mezquita de la aldea de enfrente –ahora que hablo desde mi casa en Nevé Yaakov, frente a los montes de Gibeón y Benjamín– ...y ahora ya no tengo el alma deshabitada porque ya no soy mozo y tampoco tiendo a enamorarme, y luego pocas son las cosas que pueden hacerme daño, ahora que Pilatos y Herodes se olvidaron de mí y por esto de la alternancia democrática siempre cambian de nombre y afortunadamente también de enemigo.

Sólo el Sr. Alfandari permanece en su puesto de carne de Majané Yehuda y aun me sigue despachando en ladino.

También permanece el *shamash*, mongólico funcional, que me recibía en la Yeshivá de Rab Arele, una de las más ultra-ortodoxas y fanáticas de Jerusalem. El siempre tenía su mejor sonrisa para mí y yo, un chiste en idish para él. Me tendía una mano esponjosa y húmeda y dejaba la escoba a un lado para mejor hacerme reverencias; en los ojos del bobo yo pude intuir una suerte de elevación mística y pensamientos libidinosos completamente normales; en Simjat Torá bailaba más que nadie, y las mujeres le temían.



Desde entonces, a mí se me ocurre la entrada al mundo del espíritu, la ley y su casuística, únicamente con este *shamash* abriéndome las puertas. Véase si no a Miguel Delibes y sus "Santos Inocentes", pero eso ocurría en campos de Extremadura y yo todavía estaba y sigo estando en Jerusalem.

También hablaba en esta hora de la tarde la voz del muecín llamando a oración desde las aldeas que rodean mi casa de Nevé Yaakov; cinco veces al día suele llorar la pérdida de Occidente que empezó en Granada, muy cerca de mi otra casa y en mi otra patria.

En mi casa de Jerusalem, en el mismo barrio que habito ahora y donde transcurrió mi juventud, haciendo esquina con el desierto y el límite (como la pulpería que describió Borges en "Fundación mítica de Buenos Aires"), me rodean ahora y siempre las casas de A-Ram, Dir el Barid, más lejos aún El Azaría, Anata, y por el otro lado Beit Iqsa y Nebi Samuel.

El muecín proclama la unidad de su fe cinco veces al día, convoca a sus fieles y endecha a Occidente que recela del Profeta y más que nada recela del alfanje.

Y la tarde toca a degüello y pone rojas las murallas de la Alhambra y reverbera en los cipreses y en las fuentes cantoras mientras el viento sátiro de Federico me vuela los papeles de la mesa en la otra casa y en la otra patria, porque hay exilios que ya se hacen identidad.

Y a esta misma hora, salvadas las diferencias convencionales de horario, se encienden con el mismo color tirando a morado las montañas de Benjamín y los minaretes del moro desafían a

los aparatos estereofónicos de los vecinos de mi barrio jerosolimitano.

Nuevamente estoy solo en una de mis dos casas y en una de mis dos patrias, tan cerca del exilio y lejos aún de la redención, pero intuyéndola en cada acto cotidiano. A veces no sé en cuál de las patrias y en cuál de las casas, ni en qué idioma escribo y pienso estas páginas.

Estoy ya lejos tanto del amor como del odio con que pueden acecharme los hombres (casi siempre los poderosos) y otorgarme por gracia las mujeres.

A mi edad ya existen muy pocas pasiones, más bien alguna obsesión fija; la mía casi siempre va ligada a la Redención.

Ahora que mi barba se pobló de canas, compruebo con felicidad horrorizada que el recuerdo va ocupando con honor el lugar de la vivencia.

Y ahora que mi ciudad cumple 3000 años, dicen, y yo ya no tengo el alma despoblada porque tantos exilios también enriquecen, dicen, y mi respirar en sueños se asemeja a su suspirar tectónico, dice aquella que conmigo duerme, quiero terminar estos papeles urgentes con una anécdota:

Trabajaba yo años atrás (casi 20 ¡carajo!) en la absorción de estudiantes latinoamericanos en la Universidad hebrea de Jerusalem. Por entonces se había instaurado la horrenda dictadura militar en Argentina y los recién llegados eran en su mayoría refugiados, y por tanto no eran necesariamente ni pobres ni pioneros ni compañeros de utopía en la tarea de construir Israel y reconstruirse con ella.



Probablemente sus noches estaban sobresaltadas de pesadillas policiales y, cuando alguna vez tenían sueños, quizá soñarían con la Buenos Aires sin soldados, o tal vez con Barcelona, o con México o París.

Para ellos, y no los juzgo, Jerusalem no era un marco vinculante y menos aún una geografía interior sino una mera circunstancia desgraciada, y los jerosolimitanos debíamos parecerles gente rara.

Un día vino a verme una chica porteña, bastante guapa por cierto, y me dijo casi al borde del llanto (aún oigo el acento tanguero de sus latitudes): "¿Qué puedo hacer en una ciudad como ésta?! Yo en Buenos Aires estaba muy acostumbrada a salir. Vos lo debés saber, ¿no?...".

Desde su antigüedad de 3.000 años menos 20 le contesté: "Aquí está el problema, querida: en esta ciudad hay que aprender a entrar".

No sé con certeza si ella aprendió a entrar, o ya está en Barcelona, o tal vez regresó hace tiempo a Buenos Aires, donde por fin puede salir las veces que quiera. (A mí de todas maneras me

echaron de ese puesto, y nuevamente volví a las calles de mi geografía natural).

Tengo también la certeza, verbalizada mejor que nadie por Rabí Najman de Breslav, de que en todos los caminos que hice y por todas las tierras que recorrí y sigo recorriendo, estoy haciendo el camino que lleva de retorno a Jerusalem.

Me falta el *shamash* subnormal y sonriente que me abra la puerta de la *yeshivá* (cada cual entra como puede), pero extraño a la criada Carolka que cita el Maestro Agnón en *Huésped por una noche*: **"¡Que extraños son los caminos del hombre! He aquí que este señor dejó su tierra, su casa y su familia, y viene aquí a ocuparse de antigüedades y de muertos y quiere corregir y reconstruir cosas que ya no tiene remedio y que no les importan a nadie"**.

(Se terminó de escribir en Jerusalem, territorio de Benjamín que no de Judá, en agosto de 1996, y se empezó a concebir en cualquier momento de silencio en campos de Granada, camino del mar.) 



A visita do Imperador do Brasil a Jerusalém

Elias Lipiner

A figura do último Imperador do Brasil Dom Pedro II exercia uma grande fascinação sobre as comunidades judaicas do mundo. Na imprensa delas¹ o fascínio do monarca pela cultura e língua hebraica, tão sarcasticamente recebido pelos cronistas e caricaturistas brasileiros, portugueses e estrangeiros da época, mereceu uma apreciação subjetiva.

Dando notícia das viagens de D. Pedro pela Europa, publica *Ha-Tzefiráh* de 20 de setembro de 1876 uma crônica extensa sobre a sua pessoa, atribuindo-lhe o conhecimento de muitas línguas orientais e ocidentais, "inclusive a língua russa". Todavia, o fato que mais admiração despertou no jornalista foi o de que o Imperador, por ocasião de suas visitas às bibliotecas e aos museus na Capital russa, interessou-se particular e longamente pelos livros e inscrições hebraicas antigas e pelos objetos e peças das

exposições referentes à velha cultura do povo de Israel, diante de seu projeto de visitar em seguida a Terra Santa. O autor da crônica encerra-a entusiasticamente com os versículos dos *Provérbios* de Salomão (25:2, 3) aplicados a D. Pedro II: "A glória de Deus é encobrir as cousas, mas a glória dos reis é perscrutá-las; como a altura dos céus e a profundidade da terra, assim o coração dos reis é insondável".

Outro célebre hebdomadário publica no mesmo ano uma "biografia resumida de D. Pedro II, Imperador do Brasil", em que o autor,² além da exposição de fatos comuns, refere-se com especial eloquência aos conhecimentos de hebraico do biografado.

Apressa-se mesmo em tirar conclusões relativamente ao valor dessa qualidade do Imperador "para a nossa língua santa esquecida e abandonada pelos seus próprios filhos espalhados em

*Inmigró a Brasil en 1935 y trabajó como abogado en São Pablo. Vive en Israel desde 1968. Historiador y ensayista, es autor de numerosas obras de historia judía portuguesa, la última de las cuales es publicada este año por la Universidad de Jerusalem. Publicó: **A metafísica do alfabeto hebraico** (hebreo); **As letras do alfabeto na criação do mundo** (Rio, 1982). El artículo que reproducimos es un fragmento de un estudio histórico-filológico sobre el emperador Dom Pedro II, publicado en **Leitura**, São Paulo, mayo-julio de 1991.*

vários países”. Aponta, pois, como “exemplo para todo o fato de o Imperador D. Pedro II, durante a sua viagem à Filadélfia, ao visitar a cidade de São Francisco, visitou a sinagoga da comunidade judaica local, onde procedeu à leitura de um capítulo inteiro da *Toráh*, traduzindo o texto original para a língua inglesa”.

O autor observa mais “que por isso mesmo eu não deixei de invocar tal exemplo aos meus discípulos, censurando-os por terem eles abandonado a língua de seus ancestrais, cuja beleza é sem par. Também exhibi-lhes, para deleite de seus olhos, a imagem do Imperador e sua aparência luminosa.³ Fascinado pela figura do Imperador o articulista termina dizendo: “Há poucos dias visitou o Imperador a cidade de Viena, e ouvi muitos populares que não conhecem o hebraico por considerarem tal estudo pura perda de tempo comentarem entre si acerca dos conhecimentos do Imperador nessa língua difícil e estranha para eles, transmitindo secretamente uns aos outros que ele descenderia dos marranos europeus da Espanha e de Portugal, os quais mantinham seu judaísmo e prestavam culto a seu Deus em segredo”.

Acompanhada pela circulação de tais rumores fantasiados mas dramáticos, a visita do Imperador a Jerusalém em 1876 despertou grande interesse entre a população local. *Ha'-Tzefiráh* de Varsóvia publicou a respeito uma vasta notícia de seu correspondente em Jerusalém: “No domingo próximo-passado, dez de Kislev (dezembro no calendário hebraico), ao anoitecer, chegou à nossa cidade Sua Alteza D. Pedro II, Imperador do Brasil, que Deus enalteça a Sua Majestade. O Paxá da cidade, o comandante

militar e outros muitos senhores e pessoas honradas dentre os ministros do governo foram ao seu encontro, e cem soldados foram colocados em postura militar junto ao Portão de Shekhém (da muralha) enquanto outros eram colocados junto ao Portão de Jafa e em outros pontos, visto que não se sabia ao certo por onde chegaria. Também a orquestra militar foi ao seu encontro na estrada de Shekhém, pois ele não fazia sua viagem na qualidade de Imperador, mas como viajante particular. Por isto não saíram ao seu encontro os representantes dos reis da terra e seus auxiliares. As 10 horas apareceu em nossa terra, entrando pelo Portão de Shekhém, dado que de Beirute –despois de ter passado por Constantinopla, Esmima e outras cidades da Turquia– viajou por terra para Damasco, Nazaré, Shekhém, e de lá veio para esta cidade. O Paxá de Shekhém mandara, para acompanhá-lo no caminho, uns vinte cavaleiros e soldados de infantaria. Ele veio em companhia de sua esposa e de alguns de seus ministros, suas repectivas mulheres e alguns criados. Estava montado a cavalo, ao chegar, e as mulheres sentadas em carros de bois atrelados a mulas dos dois lados – sem rodas (Takhtelion). A orquestra militar quis tocar músicas em sua homenagem, porém ele fez sinal de que dispensava quaisquer honras reais, nem tiros de canhões foram dados. Imediatamente após a sua chegada, sem mesmo descer de seu cavalo, dirigiu-se com todos os seus acompanhantes à Igreja do Sepulcro, onde se demorou, saindo depois pelo Portão de Jafa, para instalar-se nas tendas que haviam montado para ele na grande praça de frente. Na manhã seguinte, bem cedo, viajou em companhia dos cavaleiros militares para a Jor-

dânia, onde permaneceu três dias, e na quarta-feira, ao anoitecer, voltou para cá, porém não quis mais pernoitar nas tendas e foi se instalar na hospedaria pertencente ao governo austríaco (Hospital Austríaco). Na quinta-feira foi visitar todos os lugares santos antigos, bem como as igrejas e hospedarias de todas as diferentes seitas cristãs. Ele montava a cavalo, enquanto as mulheres e um ministro velho que não tinham forças para montar eram carregados por carregadores em cadeiras próprias, e ao anoitecer, posto o sol, voltou para casa. O dia de sua partida daqui, ainda não foi anunciado. Apressar-me-ei em dar essa notícia aos caros leitores, na próxima semana".⁴

Efetivamente, uma semana depois, o mesmo correspondente noticiava: "Na terça-feira desta semana, bem cedo, Sua Majestade D. Pedro II, Imperador do Brasil, deixou a nossa cidade e partiu. Boa viagem! Também ao retirar-se foi acompanhado somente pelo comandante militar e grande número de cavaleiros do exército. No sexto dia de sua chegada, véspera de sábado, dirigira-se para a aldeia de Tur, no Monte das Oliveiras, e à noite visitou o Muro Ocidental (das Lamentações), observando os grupos do nosso povo ali reunidos para, com o coração agitado, derramar suas súplicas perante Deus".

Grande surpresa e decepção, são transmitidas, porém, nas últimas linhas dessa correspondência: "Por todo o tempo que permaneceu em nossa cidade – uns oito dias – nenhum contato manteve com os nossos irmãos, nem visitou as sinagogas de nossos irmãos, embora se dissesse dele que conhecia bem a até perfeitamente a língua hebraica".⁵

O desapontamento da comunidade de Jerusalém com a atitude de aparente indiferença do Imperador era tanto maior quanto mais seus membros se haviam preparado para prestar-lhe uma solene e significativa recepção, eventualmente numa das célebres sinagogas locais, com oferta de um poema lândatório que havia sido compostó especialmente para a ocasião. O poema fora escrito pelo poeta-rabino Ben Zion Schlez, autor de muitas obras poéticas e rabínicas, que já oferecera composições dessa natureza, muito elogiadas, a vários outros ilustres visitantes da cidade de Jerusalém, entre eles, o Imperador da Austria, o irmão do Czar e os Rotschild.⁶

Em outra publicação periódica bilíngüe da época, editada em Jerusalém em hebraico e ídiche, é noticiado o fim da visita de D. Pedro e sua partida para o Brasil. Menciona-se que visitara Hebron, Belém, Jordânia e, na cidade de Jerusalém, todas as igrejas das diversas seitas cristãs, a Mesquita de Omar, erguida no lugar do Templo de Salomão, o Muro das Lamentações, onde contemplou atentamente como os judeus rezavam numa véspera de sábado, para terminar essa longa lista dizendo que "somente as sinagogas de nossos irmãos não visitou, para o espanto de todas as pessoas justas."⁷ Não se sabe, com efeito, a que atribuir a estanha atitude de D. Pedro II, que deixou de estabelecer contacto com os judeus da Cidade Santa, em contraste flagrante com o seu procedimento tão comum em outras cidades da Europa e da América por ele visitadas. Andava talvez distraído com a tradução do Salmo hebraico 122, que exprime os sentimentos dos peregrinos que chegam a Jerusalém, segundo anotou em seu

diário no dia 1o. de dezembro de 1876; ou esgotara inteiramente suas forças e seu tempo nas inúmeras visitas a outros lugares, mencionados pelos correspondentes.

Sem embargo, porém, do espanto provocado por essa atitude, a prestigiosa figura do Imperador brasileiro continuava a empolgar a atenção, a curiosidade e a simpatia das comunidades judaicas, inspirando-lhes os mais profundos respeitos.

Quatro cânticos litúrgico-folclóricos compostos no hebreu-provençal do século XVI ou XVII e, traduzindo a parte hebraica para o francês, publicou-os em Avinhão no ano de 1891, em opúsculo de setenta e poucas páginas de pequeno formato, com

erudito prefácio, sob o título *Poesies hebraico-provençales do ritual israelite comtadin*.

Da introdução à pequena coletânea, infere-se que o Imperador fez o seu trabalho no quadro do movimento *Félibrige*, então em voga nos círculos intelectuais franceses, destinado a promover a renascença da língua provençal e de sua literatura. Afora de entusiástico *felibrista*, cultivando o antigo provençal, Dom Pedro costumava dedicar-se, com mais entusiasmo ainda, aos estudos da língua hebraica; e foi exatamente a conjugação dos conhecimentos adquiridos nestas duas áreas lingüísticas que possibilitou ao Imperador a feitura do singular opúsculo.

NOTAS

- 1 Os principais periódicos então publicados em língua hebraica eram: *Ha-Maggid* ("O Narrador"), semanário fundado em 1856 na Prússia, aparecendo depois em Berlim e em Cracóvia; *Ha-Melitz* ("O Defensor"), publicado a partir de 1860 como semanário e depois como diário, circulou em Odessa e depois em São Petersburgo; e *Ha-Tzefiráh* ("A Aurora"), periódico semanário e depois de circulação diária, publicado em Varsóvia, a partir de 1862.
- 2 Jacob Haim Ha-Levi de Lwow, em *Ha-Maggid*, No. 42, 1o. de novembro de 1876, p. 369.
- 3 O autor descreve com luxo de detalhes a figura, fisionomia e aparência física do Imperador de acordo com uma fotografia que tinha visto estampada na *Frank Lesly's Illustrirte Zeitung* de Nova Iorque de 29 de abril de 1876.
- 4 Edição de 3 de janeiro de 1877, ano III, No. 50, p. 396.
- 5 Edição de 10 de janeiro de 1877, ano IV, No. 1, p. 3.
- 6 O documento hebraico inédito, em que se enaltecem particularmente as qualidades de hebraísta do Imperador homenageado e se destaca a sua iniciativa de visitar a sinagoga de São Francisco, na Califórnia, encontrava-se na posse dos sucessores do rabino-poeta, e foi por estes exibido em 1979, para exame, ao autor destas linhas, com a explicação de que se destinava eventualmente a ser ofertado ao Museu Histórico da Cidade de Jerusalém, então em formação.
- 7 *Sharé Zion - Les Portes de Sion*, 15 de dezembro de 1876.

